


Ricardo Monreal

Narcocorridos, juventudes y fractura del tejido social

En los últimos años, México ha enfrentado un fenómeno cultural profundamente problemático: la creciente popularidad de los narcocorridos entre sectores juveniles.

Esta expresión musical, que glorifica la vida del crimen organizado, es más que una forma de entretenimiento, es una herramienta de reclutamiento, una narrativa aspiracional y un reflejo del grave deterioro del tejido social. Es urgente abrir un debate nacional serio sobre el impacto de este contenido en nuestras comunidades, especialmente entre las juventudes más vulnerables.

Los narcocorridos exaltan a figuras del narcotráfico, presentándolas como héroes valientes, poderosos e invencibles. Se les atribuyen lujos, respeto y fuerza, mientras se invisibiliza el sufrimiento real que generan: familias desplazadas, miles de muertes, desapariciones y el envenenamiento moral de generaciones enteras.

Este género musical ha permeado en barrios, escuelas, redes sociales y fiestas populares. Para muchas y muchos jóvenes que enfrentan pobreza, marginación y falta de oportunidades, los narcocorridos se convirtieron en una especie de "manual de éxito", una alternativa al futuro que el Estado no logró garantizarles.

Esta romantización del crimen no es inocente. Numerosos estudios en criminología y sociología muestran que la repetición constante de mensajes violentos que glorifican figuras criminales tiene un efecto de normalización. En otras palabras, mientras más se escucha, más aceptable parece. Las y los adolescentes empiezan a identificarse con los "héroes" de estos corridos, a admirar su estilo de vida y a desear formar parte de ese mundo. El resultado: un creciente número de jóvenes captados por células delictivas, a temprana edad, con la convicción de que esa es la única vía posible de reconocimiento social.

Pero el daño no se limita al individuo. Lo que está en juego es el tejido social mismo. La cultura de la violencia fragmenta nuestras comunidades. La confianza en la ley, en la autoridad y en la convivencia pacífica se desvanece cuando los delincuentes se convierten en ídolos. Peor aún, pues cuando las y los mexicanos ven que la impunidad es la norma y que quienes cometen crímenes viven con lujos, mientras ellos apenas sobreviven, crece un resentimiento profundo hacia las instituciones. Este sentimiento alimenta la descomposición social que hoy enfrentamos.

Frente la realidad no podemos seguir pasivos. Otros países han tomado medidas concretas que dieron resultados. En Colombia, por ejemplo, durante la etapa más crítica del conflicto con los cárteles, se aplicaron restricciones al contenido musical y televisivo que glorificaba a los narcos. Aunque estas acciones por sí solas no resuelven los problemas estructurales, sí han contribuido a disminuir el alcance cultural del crimen.



Por ello, México debe analizar seriamente una regulación del contenido musical y mediático que promueve el narcotráfico. Esto no significa censura política ni persecución artística, sino entender que hay una línea ética que no debemos cruzar: la que convierte a asesinos en íconos y al crimen en una aspiración. Así como hay límites para la apología del terrorismo o del racismo, también debemos trazar límites a la apología del crimen organizado.

Esta medida debe ir acompañada de políticas públicas integrales: educación, programas culturales y deportivos, inversión en comunidades marginadas y fortalecimiento de la justicia.

ricardomonreal@yahoo.com.mx

X y Facebook: @RicardoMonrealA